

## MARIANO PICÓN-SALAS: FUERO DE LA ECUANIMIDAD

en nuestra cultura literaria

---

RAMÓN ORDAZ

*El problema de un intelectual –y lo he sido cuando acabó de enfriarse mi poca calenturienta ilusión de político– es moverse buscando una línea de ecuanimidad, en el contrapunto de voces e ideologías que comenzaron a agitarnos en Venezuela desde 1936.*

**M.P.S.**

En el extendido arco de dos centurias apenas, se ubica la presencia de una pasión venezolana por configurar un lugar en el mundo de la cultura contemporánea. La flecha arrojada desde la época de la gesta bolivariana como férrea señal de un compromiso independentista nunca fraguó su propósito; es más, podría argüirse, incluso, que por los aires anda todavía impulsada muy probablemente por las utopías –podríamos también decir sueños- que nos trae cada amanecer. Si un día aterriza sobre el bulto amorfo que llamamos patria, otras verdades estarán solicitando boleto, valga la ilusión, en una estación espacial. El siglo XIX venezolano dejó un saldo de incesantes ráfagas en las que las guerras y las polémicas panfletarias, buscando construir un modelo de nación, remaron invariablemente hacia formas de autocracia de las que ha costado otra impar batalla deslastramos. Páez, Guzmán Blanco, Castro, Gómez, para tan sólo citar los lunares mayores de más de medio siglo que acentúan su po-

\* Universidad de Oriente / Universidad de Los Andes



José Barroeta 'Pepe', Mérida, Venezuela, 2006

Foto: Vasco Szinetar

der entre el XIX y el XX, fueron los argonautas de un periplo de país que estrelló sus últimas bitácoras en las arriscadas costas de entreguerras, vale decir, la novísima conciencia que nace del trauma de un holocausto. De esa odisea nuestra diría Mariano Picón-Salas que las luces que se apagaban del régimen gomecista dejaban una estela que orientaba nuestra entrada tardía en el siglo XX.

El luminoso pensamiento decimonónico construiría nociones que empezarán a tamizar los modernismos del siglo XX. A pasos agigantados la modernización impondría cambios en todos los órdenes; exigiría la contemporización con emergentes vías de conocimiento. Aunque la intelectualidad de fines de siglo y comienzos del XX ensayó preguntas innovadoras, la situación política imperante subsumió cualquier viraje hacia las luces de nuestro tiempo. Esta cota deficitaria en nuestra cultura constituiría, una vez solventados sus exilios, una fuente de pasión y desvelo en los cálculos del siempre pensador Mariano Picón-Salas, quien al cierre de la segunda década del veinte sometió a prueba su talento, un peculiar estilo de interpretar su entorno cultural que no lo abandonaría jamás; alguien que arrastraba las marcas de una época *-fatum* de unos pocos-, y que por lo mismo, aquí o allá, cualquier paso suyo latía como una respuesta que se obliga a exorcizar el pasado. No es casual que después de haber iniciado estudios de Derecho, las circunstancias, que no reveses, lo llevarían a licenciarse en Historia en la región austral del continente. No pretendemos ver encamada en Picón-Salas ninguna profecía ni el alma transmigrada de antepasados galos o hispanos. Lo cierto es que ante las pulsiones de la individualidad no hay teoría social que valga, por mucho que las variables del momento configuren un modelo de pensamiento, lo que no deja de tener su importancia, pero que en la compleja trama de las subjetividades siempre es aventurado ser concluyente.

De sus contemporáneos, ubiquémonos en la Mérida de entonces, aventajados como don Tulio Febres Cordero, Gonzalo Picón Febres, Emilio Menotti Spósito, Antonio Spinetti Dini, el mismo Diego Carbonell, ¿por qué no acudieron al llamado que aventó a Picón-Salas hacia el exilio? De hecho que no hay dos voluntades iguales en el mundo, y si las hay, tarde o temprano tienen su vía crucis. Si algo está claro en la penosa trayectoria de Picón-Salas es que *-trasiego* tal vez de sus oportunas lecturas- él

quería ser un escritor en propiedad, no un eventual pergeñador de cuartillas perdido en las cumbres andinas. A través de sus lecturas, impregnadas de cosmopolitismo, al igual que César Vallejo, Luis Cardoza y Aragón y muchos otros latinoamericanos que buscaron oxigenarse en ambientes de mayor actualidad, emprendió su odisea hacia la tierra incógnita de la escritura y el libro, todo ello bajo el signo de un saber comunitario con el que siempre estaría en deuda y a los que la fragua de la poesía, así como los espejos de la Historia, se encargarían de remozar y actualizar ese incierto estar en el mundo. Por estos senderos buscaría Picón-Salas su redención personal, lo que convertiría poco más tarde en propósito colectivo de un escritor que para estar en sintonía con los reclamos intelectuales de su tiempo, valido de su insoslayable experiencia con la vida cultural chilena, quemaría las naves de nuevo con tal de volver al origen, con tal de reencontrar sus raíces, de insertarse y volcar en los cimientos del pasado el po-taje de todo lo nuevo que traía en sus valijas.

Si nos acercamos desprejuiciadamente a los textos juveniles de Picón-Salas, los que da a conocer en Mérida y Caracas antes de marcharse a Chile, constataremos que no eran meros ejercicios de un escolar, el asomo pedante y atrevido de un principiante ensimismado por el *pathos* de ver la rúbrica personal en el ágora de su tiempo. Y si tal hubo como lo evidencian mucho más tarde las palabras finales de *Viaje al amanecer* (1943), lo que calza perfectamente en el horizonte de la vanidad humana, no es menos cierto que erigía su voz bien abastecida, circuidas sus argumentaciones, pongamos por caso la conferencia *Las nuevas corrientes del arte* (1917), por el tono polémico con el que se enfrenta a autores fundamentales del pensamiento y la literatura de Occidente, con marcado énfasis hacia escritores modernos como Flaubert, Baudelaire, Mallarmé, ante los que se muestra suspicaz y distante, así como es notoria su afición hacia Carlyle, Romain Rolland y D'Annunzio.

A sus bien templados dieciséis años, el joven Picón-Salas exhibía ante el auditorio universitario de Mérida las dimensiones del equipaje intelectual que lo acompañaba. No era simple paráfrasis o la arrogancia de un iniciado, sino el primer avatar de quien apresta sus instrumentos para el vuelo. Advertimos aquí los componentes primarios del historiador, del ensayista, del paradigmático escritor que sería luego. Que estemos o no de

acuerdo con el espigado joven de dieciséis años poco importa, en todo caso lo que sobresale es el tono discrepante de alguien que empieza a asumir la vida y el oficio de una manera muy singular. Una rotunda asunción ético-estética que hasta en los últimos momentos de su existencia tuvo pocos desvíos. Qué hidalguía y embajada de las nuevas ideas se anunciaba entonces: “Que para herir a nuestros enemigos no necesitamos cubrirlos con las llamas infernales como en su cuadro maestro el pintor de León X sino tenemos el ponzoñoso gusano de la ironía que más hiere porque se recata entre flores”.<sup>1</sup>

No hubo en Picón-Salas actitud medrosa para tomar decisiones o contención alguna para defender la brecha ideológica que construyó desde su individualidad creadora. En su eferescente juventud como en sus años de madurez con seguridad atizó encuentros y desencuentros; sorteó la pluma y la vida entre güelfos y gibelinos, pero con una notoria distinción: las mercedes de su caballería andante como divisa; jamás la soberbia o gratuita violencia de los términos, porque prevalecía en su alma parlamentaria el interés de la conciencia común, la fecunda mesa de diálogo que tarde o temprano solventa las diferencias. Y para excusar los imposibles, como señala precozmente, allí estaba como ángel de la guarda la majestad de la ironía, en nuestros días tan auspiciosa noción de la literatura, el discurso crítico y la filosofía. ¿No distinguía el enigmático Fernando Pessoa el hombre inferior del superior por el recurso de la ironía que privaba en este último?

De allí que aceptemos sin digerir del todo el menú de las *Obras selectas* (1953) que nos ofrece Picón-Salas con ese gratinado abreboca que denominó “Pequeña confesión a la sordina” y que aparentemente “justifica” la antología de su obra que bajo el título *Viejos y nuevos mundos* publicó la Biblioteca Ayacucho en 1984. En su “Pequeña confesión...” expresa que “De mi obra literaria he suprimido para esta compilación las anteriores a 1933. Aún las de esa fecha resultan para mi gusto de hoy exageradamente verbosas y no desprovistas de pedantería juvenil.”<sup>2</sup> Claro que el autor tiene la libertad de mandar al crematorio lo que estima desperdicios en su obra. De esa libertad no pudo gozar Kafka y ya sabemos cuál fue el destino de sus libros en nuestros días, lo que no deja de ser una fortuna para cualquier buen lector.

Antonio Machado fue generoso con Bécquer al desaparecer unos malos poemas que llegaron a sus manos después de muerto el poeta. Lo único que se puede salvar del juicio de los hombres –y no siempre son las cuartillas que van quedando en el limbo personal de todo escritor. Lo insoslayable es que todo autor se vuelve prisionero de lo que publica. Así de sencillo: una vez que zarpamos, navegamos o naufragamos. De manera que el recorte que pretende de su obra Picón-Salas no pasa de ser un capricho de autor, digno y respetable, pero de suyo imposibilitado para negociar con la posteridad; a lo que habría que añadir el pobre como insensato juez que resulta el escritor de su propia obra. Indudable que el rigor que impuso a la suya Picón-Salas tiene mérito, pero un hecho cierto se antepone: todo lo que dio a conocer como autor es un producto social que, ya en el mercado, deja de pertenecerle. Para una real comprensión de su obra es imprescindible transgredir ese balance de 1933. Paradójicamente hacia atrás hay luces que no ofrece el censo del presente.

Las claves de los pasos que daría en su vida están contenidos en esos primeros textos en los que no oculta su admiración por el monje que en la soledad de su celda lee y escribe, los tránsitos del bohemio y la errancia de los pícaros de la literatura española. Él mismo asentará en el prólogo de su libro *Buscando el camino* (1920) que “no son inútiles esos primeros ensayos: sale de ellos la faz personal, aquello más cónsono con el temperamento y el espíritu.”<sup>3</sup> Destacan en ellos una reflexión y una discreta toma de posición, una nada perturbadora iconoclastia. Impera más bien la voz de un joven que empieza a trillar su camino, en el que es esperable una que otra audacia, sin dejar por ello de afianzar las raíces de su crecimiento. “Primero fuimos hombres que artistas –nos dice–, lo que primero fuimos es lo que somos, lo primero es el edificio, lo segundo los frisos que bordaron de belleza el edificio.”<sup>4</sup> Es este el conciliable dilema que se impone Picón-Salas antes de sus veinte años, obsesado ¿por qué no? por esa “adúltera”, “vieja histérica y siempre deseable: la Gloria”, acicateado, tal vez, por su lectura de D’Annunzio. Si en *Las nuevas corrientes de arte* se muestra receloso de Baudelaire, transcurrido un tiempo se sentirá orgulloso de haber leído tempranamente al autor de “Las flores del mal”, gracias a su contemporáneo y amigo, Emilio Menotti Spósito, poeta de esas primeras décadas merideñas, que nadaba contra la corriente en la quietud e

inercia de la ciudad que amaba más el badajo de sus campanas, la semoviente paz rural, que las ruidosas e incomprensibles notas de una lira que empezaba a destemplarse. La poesía, lo mismo que la Historia y la Filosofía constituyen las coordenadas de conocimiento que incidirán más en su vocación de escritor. No especulaban quienes advertían en Picón-Salas la cepa de los grandes ensayistas, dominio que le pertenece desde los primeros ensayos juveniles. Montaigne afirmaba que “En materia de libros gústame la historia y la poesía...”,<sup>5</sup> Picón-Salas, develando su tarea de ensayista, diría que “La función del ensayista –cuando lo es como Carlyle, Emerson, Santayana, Unamuno– parece conciliar la poesía y la Filosofía, tiende un extraño puente entre el mundo de las imágenes y de los conceptos, previene un poco al hombre entre las oscuras vueltas del laberinto y quiere ayudar a buscarle el agujero de salida.”<sup>6</sup> Conviene señalar aquí otra de las particularidades de su obra: el papel del escritor en la sociedad. Sin extremismos o ultrismos en su condición de pensador de vanguardia, mantuvo siempre la palabra ajustada a la medida de la circunstancia, apremiante, comprometida con el momento histórico. La gracia de un equilibrio en la que convivían el lector de poesía, el amante de la Historia. En “Pequeña confesión a la sordina” había dicho algo semejante: “Si como escritores o aprendices de escritores en un tiempo peculiarísimo nos interesaba la Poesía, la Historia, los clásicos, las formas más explosivas del arte moderno, leíamos también obras de políticas; estábamos creyendo –con demasiado ardor– que avanzábamos súbitamente al umbral esplendoroso de una nueva humanidad.”<sup>7</sup> Fue Picón-Salas, al igual que muchos escritores de las primeras décadas del veinte, un militante de las ideas de cambio y transformación que postulaban las tesis socialistas en el mundo. En breves trazos nos da un boceto de sombras de monsieur Machy, el señor *communard* de *Viaje al amanecer*, que vive el sueño frustrado del asalto al cielo en la Comuna de París, fresca la memoria, amaga su retiro en la recoleta Mérida activando entre los jóvenes el paraíso de la igualdad, la utopía del hombre nuevo por venir. En el Chile de la década del veinte será testigo y parte, en cierto modo, de la fragorosa lucha ideológica que sacudía a la tierra de Huidobro y de los dos Pablos inmensos de la poesía en América, De Rokha y Neruda, adversarios e irreconciliables, consecuencia de la obcecada furia retórica de los socialismos y comunismos. Cuando decide

abandonar Chile para incorporarse a los procesos de cambio en Venezuela después de la muerte de Gómez, venía curado de esas efervescencias, del fárrago ideológico, de la tautología y taumaturgia juntas, desbordadas sobre la desesperanza de un continente.

No estaba Picón-Salas dispuesto a embarcarse en una aventura más en el caso venezolano. La decisión de su participación la limitaba a objetivos específicos, pertinentes para la realidad social que vivía el país. Si en los inicios de la década del treinta recomendó libros de sociología marxista a Rómulo Betancourt, lo hizo desde la perspectiva pedagógica de su formación y para reiterarle poco después la necesidad de bajar la llama a la olla ideológica de los extremismos. Contra el turbio consignismo imperante, una sola consigna como divisa de lucha: “Ante un caso histórico tan lamentable como el de Hispanoamérica y Venezuela en el momento presente, yo no vacilo en responder: la idea de nación está antes que la idea de clases.”<sup>8</sup> En esta carta de respuesta a Betancourt le daba luces acerca de su conocimiento de la cenagosa escena política y lo prevenía en cuanto al camino a escoger: “No se alucine por ese marxismo todavía romántico, no muy definido, que a través de su carta me parece impregnado aún de belicosidad anarquista, que es lo que parece reinar en Costa Rica. Aquí el marxismo no sale de la consigna diaria, del burocratismo, de la palabrería de cliché, del más helado materialismo.”<sup>9</sup> Con este embargo al naciente primer gran partido moderno de la Venezuela postgomecista, se incorporó y aportó todo lo bueno que traía del exilio a programas que se ajustaban a su vocación pedagógica, a la búsqueda de una enmienda histórico-cultural para el país, y a lo que jamás renunció: su labor de escritor.

Más allá de sus acertados análisis de nuestra historia y de nuestra tradición cultural en el marco de una inserción en el concierto latinoamericano, no vino a ejercer de pontífice, de vocero burócrata de Estado, sino que antepuso su condición de pensador, de ensayista, de pedagogo y académico, a las gratuitas escaramuzas de la política. Antes la renuncia que la sumisión. Las veces que juzgó o condenó hechos vejatorios de la condición humana era porque respondía al ejercicio de la disidencia y la libertad, las que estimaba inherentes a un verdadero intelectual. Consciente estaba, sin embargo, de que el papel de éste no era el mismo respecto al intelectual del siglo XIX y las primeras décadas del veinte. Presentía Pi-

cón-Salas que las fuerzas de la opinión en el mundo cambiaban, tomaban otros derroteros. No se trataba ahora del Príncipe de las Letras, de la voz de la tribu, de la cartilla del preboste o el *magister dixit*, puesto que el mundo plural no admitía esas consonancias de la majestad letrada del pasado. La palabra de los Maestros, de los intelectuales, se expande y se diluye con el ascenso de la mesocracia. La crisis de la autoridad intelectual no puede llamarse crisis.

La disolución del antiguo patriarcado de los escritores se hace inevitable ante el avasallamiento de los líderes políticos, ante la idolatría que reina hacia deportistas y gente de la farándula, ante los héroes mass-mediáticos y el prestigio de la técnica. En *El ocaso del escritor* Arturo Uslar Pietri planteaba que el escritor como “conciencia de su tiempo y de su gente [...] ya no existe.”<sup>10</sup> Más recientemente el filósofo Fernando Rodríguez satiriza, a propósito de la muerte de Uslar Pietri, acerca de nuestra supuesta “orfandad intelectual”. Señala Rodríguez que “es muy posible que entre nosotros así como buscamos caudillos políticos también añoremos guías espirituales majestuosos.”<sup>11</sup> Esa vinculación entre caudillismo y autoridad intelectual tiene sus bemoles. Es de larga data la simbiosis poder-intelligentsia. Imposible pasearse aquí por este extenso como estruendoso macrorrelato. Lo cierto es que a Mariano Picón-Salas se le puede ubicar también entre bastidores en cuanto al ejercicio del poder en Venezuela, sólo que su vocación humanista lo mantuvo siempre en la reserva, a no dar nunca el salto a la práctica política. En esto fue, sin lugar a dudas, un hombre comedido desde los inicios mismos de su participación en las embrionarias organizaciones políticas que preparaban la conducción del país una vez muerto Gómez.

Como Andrés Bello, estaba consciente de no sacrificar su talento en la estéril lucha de facciones, en la soterrada pugna de aberrantes protagonismos. Muy a tiempo sabía interrogarse:

¿No es ya un mito de nuestra época atribuir al escritor un utópico <mandarinato> sobre la sociedad? ¿Sirvió toda la cultura alemana, a pesar de su abrumadora tradición y prestigio, para detener el nazismo? ¿No le hicieron mucho más caso las estridentes multitudes italianas a Benito Mussolini que a Benedetto Croce?<sup>12</sup>

A más de descreído de los cruzados intelectuales, encontramos aquí un atisbo de lo que contemporáneamente interpretará George Steiner como “Poscultura”. La misma desilusión, invadido por el *ennui* de nuestro tiempo, conseguimos en el escritor franco-norteamericano cuando pone en la balanza a aquellos prohombres alemanes amantes de Bach, Mozart, Goethe, Rilke y que a la hora de la decisión extrema contribuyeron con el genocidio.<sup>13</sup> En el laberinto del poder hay lugar para todos los dramas. Desde la juglaresca rapsodia, pasando por la tragedia y la comedia, es posible representar una carnicería, sólo que esta vez en los altos estrados de la civilización ya no es teatro, sino la más cruenta, desvergonzada realidad del hombre. Por eso la literatura ha ido poniendo de lado los idealismos que la hicieron posible. Por eso tiene que avanzar al ritmo del tiempo, contaminarse de todas las formas y expresiones del mundo, de lo sublime a lo trivial, si no quiere ver mermada su ascendencia. Por lo que tiene de novedosa, de tufo posmoderno para usar la noción de moda, nos permitiremos otra cita larga de Picón-Salas:

Y he aquí por qué crecerá cada día más –contra la repulsión del esteta profesional y del ensimismado Narciso– una literatura de servicio. Lo político y lo social absorben hoy un campo que antes lo hubiera ocupado el lento amor de las novelas románticas y el análisis de un vago estado de alma. No es que se haya agotado la poesía, ni convenga desterrar el alto ocio que engendra la obra de arte ni la emoción que de ella irradia. Es que los valores y formas se transportan a otros temas, a nuevas zonas de humana sensibilidad que está descubriendo y colonizando el alma de estos días.<sup>14</sup>

En la actualidad un profesional dedicado única y exclusivamente a la literatura es cada vez más un espécimen raro; alguien aureolado en su oficio por el destino de Narciso. ¿Acaso no se produce hoy la literatura de servicio que menciona Picón-Salas? Ya es hora de plantearse cuál es el lugar de la literatura en el intercambio cultural del presente. No es tan cierto aquello de que no sirve para nada. En la época romántica, por ejemplo, sirvió a unos para enamorarse, viajar imaginariamente, amar las otras artes, perdonarse los fantasmas, ir a la guerra e, incluso, para la solución extre-

ma: suicidarse. Es muy posible que todavía pueda ocurrir así, pero de lo que no hay duda es de que la literatura poco a poco desplaza su interés hacia otras áreas de conocimiento, hacia los campos de atención del ciudadano común. De ello se ha encargado la industria cultural y el mercado. Es probable que un *best-seller* de ágil, fácil escritura –no sabemos si frágil y en todo caso ¿a quién importa?– llene las expectativas de una comunidad de lectores, a los que ninguna academia o élite cultural puede tachar de inculta o algo por el estilo. El cambio de sensibilidad que señala Picón-Salas implica al mismo tiempo el surgimiento de otras mentalidades; una abierta actitud de los lectores hacia aquello que expresa su universo; lo que obliga a radicales giros estructurales, semánticos, lingüísticos en quienes conciben el mundo como relato, poesía o historia; circunstancias, por lo demás, que la actualidad reporta como el trasiego de unos a otros en fronteras cada vez más borrosas.

Alrededor de dos líneas de fuerza construyó, a nuestra manera de ver, su espacio intelectual Mariano Picón-Salas. Distante de lo que oliera a fanatismo o a ofuscante predicación de adoctrinados, su vida y su obra se nos ofrece hoy con todo su vigor: una estela de pensamiento en la que la Historia y la Poesía, sobremanera, se expresan decantadas en una escritura cuya singularidad deja de manifiesto el estilo de un hombre. El que quiso ser historiador con pasión humanitaria y que hubo de ser poeta para conjugar ambas disciplinas como siguiendo el mandato de Novalis: "...pienso que un buen historiador tiene que ser además un poeta, porque sólo los poetas poseen el arte de enlazar convenientemente unos hechos con otros."<sup>15</sup> Y ya que hemos referido tanto la poesía en cuanto a su oficio de escritor, creemos que no es necesario traer hasta aquí las pruebas, confiemos en que el lector avisado sabrá precisar el lugar de ella en su obra. La presencia de su fecundo espíritu en el siglo XX venezolano, por lo menos hasta la hora de su muerte en 1965, contribuyó a que los hombres de su generación no fueran también una "generación perdida" como de algún modo lo narra en *Los tratos de la noche* (1954). Sacando fuerza de su pasado, resolviendo sus contradicciones con paciencia y ecuanimidad, por la recta senda que conduce al futuro se echó a andar Alfonso Segovia. Si hay nobleza en la literatura venezolana, tiene en Picón-Salas una representatividad que nadie puede ocultar.

## NOTAS

- <sup>1</sup> Mariano Picón-Salas. *Las nuevas corrientes del arte*, Mérida, Tipografía "El Lápiz", 1917, p. 7.
- <sup>2</sup> Mariano Picón-Salas, "Pequeña confesión a la sordina", *Viejos y nuevos mundos*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1984, p. 3.
- <sup>3</sup> Mariano Picón-Salas, *Buscando el camino*. Caracas, Editorial Cultura Venezolana, 1920, s/n.
- <sup>4</sup> *Ibid.*, p. 28.
- <sup>5</sup> Montaigne. "De la educación de los niños", *Ensayos*. T. I., Barcelona (Esp.), Ediciones Orbis, 1984, p. 102.
- <sup>6</sup> Mariano Picón-Salas, "Y va de ensayo", *Viejos y nuevos...*, p. 504.
- <sup>7</sup> Mariano Picón-Salas, "Pequeña confesión..." p. 5.
- <sup>8</sup> Mariano Picón-Salas, Carta a Rómulo Betancourt. Santiago de Chile, 20 de noviembre de 1933. En J. M. Siso Martínez / Juan Oropesa, *Mariano Picón-Salas*, Caracas, Ediciones de la Fundación Diego Cisneros, 1977, p. 203.
- <sup>9</sup> Mariano Picón-Salas, *Loc. cit.*
- <sup>10</sup> Arturo Uslar Pietri, "El ocaso del escritor", *El Nacional*, Caracas, 4 de febrero de 1979, p. A-4.
- <sup>11</sup> Fernando Rodríguez, "De la orfandad intelectual". *Tal Cual*, Caracas, 2 de mayo de 2001.
- <sup>12</sup> Picón Salas, "Por qué y para qué escribir", *Hora y deshora*. Caracas, Publicaciones del Ateneo de Caracas, 1963, p. 39.
- <sup>13</sup> George Steiner, "En una poscultura". *En el Castillo de Barba Azul*, Barcelona (Esp.), Gedisa, 1992, p. 105.
- <sup>14</sup> Picón-Salas, "Sociología y antropología", *Viejos y nuevos...*, p. 460.
- <sup>15</sup> Novalis, Enrique de Ofterdingen, Madrid, Editora Nacional, 1975, p. 158.